

LA SOLEDAD ENGAÑOSA

## EL VIEJO DE LA BARBA BLANCA

Aquel hombre, ya viejo, de cara pálida y desquijarada, derrumbado como un mueble antiguo sobre el otro mueble del diván, y conservando su bigote y su barba blancos en una época en que ya todos los viejos se han remozado y triunfa en todos los semblantes esa efígie juvenil que los barberos restauran con amor cada sábado, era una figura enormemente triste y descarada, bajo la cruda luz de los soles eléctricos.

Estaba solo en el gran diván rojo, bajo las coronas nefastas de aquellos focos que parecían multiplicar tonsuras seniles, y descollaba de tal modo, medio incorporado sobre el reguero rojo del diván, que parecía como si lo hubiesen colocado allí, en la picota de la vejez, para que todo el mundo viese bien sus cincuenta años y su abandono.

Yo le vi al entrar en el café, y desde luego mis miradas fueron a posarse en sus hombros vencidos, como manos piadosas. Aquel hombre, viejo y solo, era como una imagen futura de mí mismo, y despertaba en mi corazón una lacrimosa ternura, la misma que en otro tiempo me infundían las mujeres.

Hacia ya algún tiempo que la órbita de mi ternura había se desplazado, y ahora giraba ya en torno a los viejos, a los pobres viejos abandonados, como yo mismo había de estarlo un día. Así, al ver a aquel viejo solo, mi corazón tembló como antaño al la vista de una mujer joven, y al punto sentí el impulso de ir hacia él y sentarme a su lado, en el filo de aquel diván tan amplio, que parecía como la expresión material de su paternidad sin objeto; sólo que, contenido por un respeto natural, no lo hice, sino que desde lejos puse a contemplarlo, pensando en lo terrible y dulce que es al mismo tiempo un viejo; más que una mujer hermosa y joven, incomparablemente más terrible y más dulce.

Estaba el viejo medio derrumbado en el diván, como adormecido, pero cobijando con su mirada todas las cosas, cual ese sol de ocaso que lo dora todo, o cual una gran custodia manifiesta. Así estaba él, sereno y tranquilo, abarcándolo todo con la vista indistintamente, sin ninguna predilección, y yo, mirándolo, comparábalo involuntariamente con el Padre Eterno, y decía:

—Semejante al Padre Eterno, está ahí, presidiendo con su serenidad este sábado, silencioso e inmóvil, como si no tuviese más misión que mostrar a las criaturas jóvenes ese sol misterioso de los cincuenta años, semejante a ese gran vi-

ril que los sacerdotes exhiben en las solemnidades. Sí; no tiene más objeto que ese, pues él, este sábado, no aguarda aquí ninguna cita, ni puede esperar otra cosa que intimidar a las mujeres jóvenes con su grave y severa presencia, cual si fuese un león con melena de años.

¡Oh! Es semejante a mí, que también estoy solo, porque, fiel a una alianza antigua, no me dejé seducir por un semblante joven. ¡Oh, es semejante a mí!

Y, de pronto, sentí un amor todavía más grande hacia aquel hombre tan extraño, viejo y solo, y dije, mirándole de

al viejo de frente, con unos ojos tan afectuosos, que el viejo posaba en mí los suyos, como si quisiese recordar a un amigo. Parecía haberse encendido su mirada en mi rescoldo, todavía juvenil, y yo decía:

—¡Oh, cómo brillan todavía sus ojos por la magia de la espera! Todavía espera su alma a un amigo, no obstante haber enarado a tantos. Todavía espera a un superviviente, con quien poder compartir el dulce sésamo, la hostia de sus cincuenta años. ¡Oh! ¿Por qué yo, que ya no espero a nadie, sobre todo a ninguna mujer, no me levanto de mi asiento y voy a sentarme a su lado y choco con la suya esta copa de mi vida, que pronto ha de romperse?

Me atraía el viejo solitario como un imán invencible, como si hubiera sido el Padre Eterno, asistido de todo su poder en la soledad, ya que ahora ninguna mujer se interponía entre él y yo, como en otro tiempo.

Y así, antes que pudiera pensarlo, ya estaba yo junto al viejo, dispuesto a sentarme a su lado, en su soledad color de púrpura, en aquella playa de áridos corales, y a acompañarle por toda la eternidad de los siglos, al menos por toda la noche de aquel sábado, velándole como si fuese un Testamento Antiguo.

El viejo me vió llegar junto a él con unos ojos muy abiertos e interrogantes, llenos de simpatía, pero también algo asustados, como si le intimidase mi última juventud y el brillo de espada que todavía había en los míos; y al ver que yo me disponía a instalarme en su diván, díjome muy amable y suplicante, tendiendo a modo de rodela sus manos abiertas:

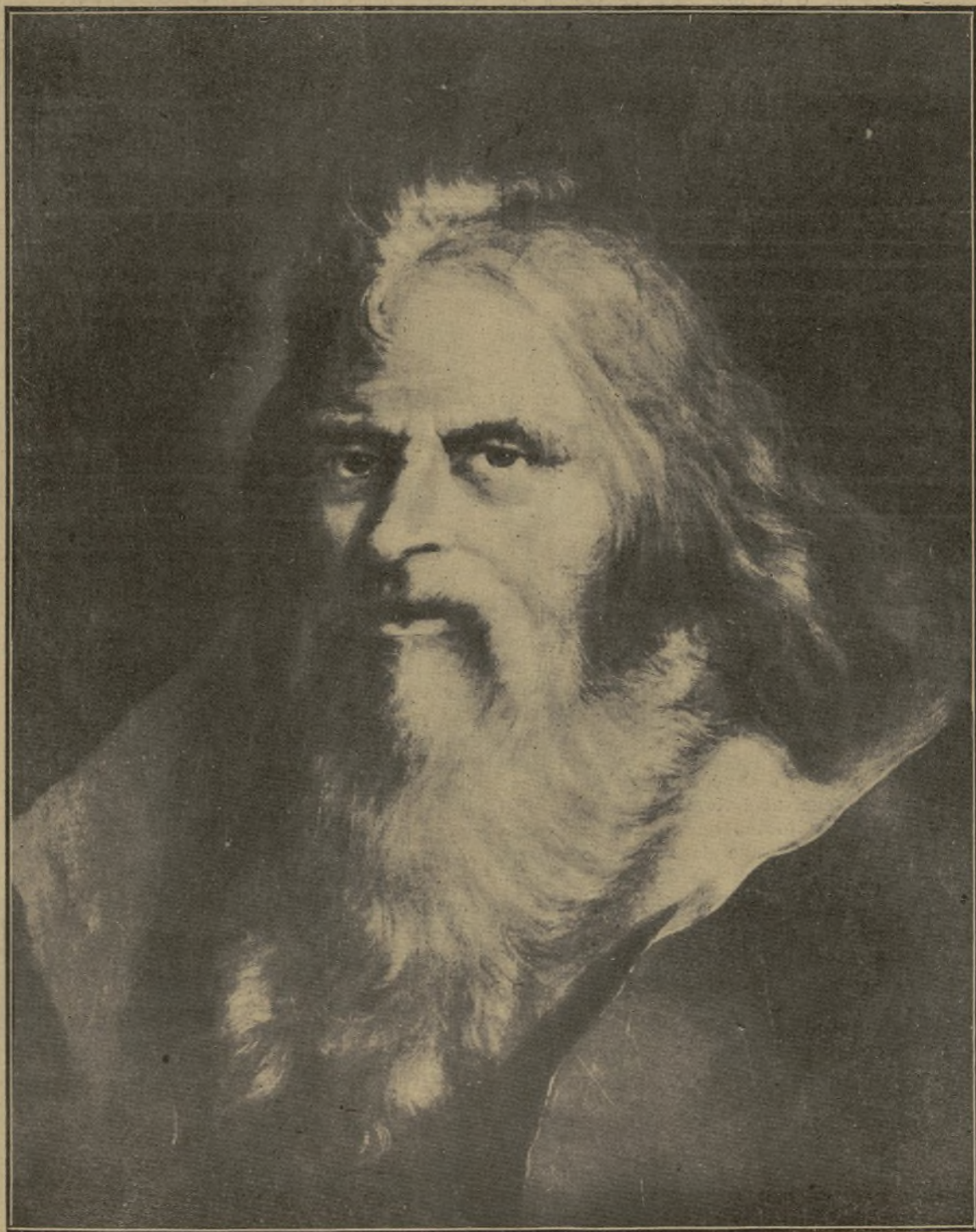
—Caballero: si le es lo mismo, ¿por qué no escoge otro asiento? Verdad que el café está lleno; pero yo espero a mi familia, que ha de venir muy pronto, pues ya son las doce...

Y, en efecto, a poco un coro de criaturas juveniles—casi las doce campanadas gloriosas de la hora final—, presididas por la Madre Eterna, esposa de aquel Padre Eterno, rodeábanle, poblando el diván, engañosamente solitario, con toda la pompa celestial de las apoteosis cristianas de los arcángeles y los querubes.

Entonces yo me retiré avergonzado en busca de otro muro antiguo, junto al cual llorar mis tristezas aquel sábado, guardando todas mis ternuras para el único solitario verdadero: para ese infalible hermano que en los espejos me sonríe...

R. CANSINOS-ASENS

— LAS OBRAS MAESTRAS DEL ARTE UNIVERSAL —



— TIÉPOLO. — CABEZA DE ESTUDIO. — COLECCIÓN DEL MARQUÉS DE CASA-TORRES —

Y fijándome más aún en él, añadía: —Es semejante al Padre Eterno, pues es viejo y está solo en ese gran yermo rojo del diván. Y su soledad, no poblada por ningún hijo, le pesa tanto, que a veces cierra los ojos fatigado, como el león que contempla largo rato el desierto. El es un hombre de la Ley Antigua, pues está solo, lo cual indica que no ha aceptado el pacto de la nueva era; y está sentado en ese diván, como sobre una gran arca de recuerdos. ¡Oh, es semejante a

soslayo, como se mira a una montaña:

—¡Oh! ¡El es semejante a mí; está solo como yo, y hasta mí siento llegar el frío que sale de sus labios, a pesar de lo cual advierto que me atrae como un imán irresistible! Es viejo, está solo, y sólo el oído del forense, venalmente piadoso, habrá de inclinarse ya un día sobre su corazón para interrogar su latido. ¡Oh, dolor! ¡Oh, dolor!

Mi ternura, exaltada por aquellas imágenes, iba en aumento, y yo miraba ya



# EL TEATRO DE BATAILLE

IV

UNA frase del eminente dramaturgo francés viene a condensar toda su estética. «Es preciso sustraer a los personajes de la obra al yugo de la tesis y, en lo posible, a la tiranía de la situación, la cual ha adquirido en la escena una preponderancia excesiva.» La afirmación subvierte, pues, todos los principios tradicionalmente admitidos y respetados dentro del género. Para Bataille la diferenciación entre los asuntos teatrales no existe, lo cual vale tanto como declararse partidario de la dramaturgia integral. ¿No había dicho algo semejante nuestro Galdós en el prólogo a *Los Condenados*? El que advierte la importancia que concede Bataille al elemento pasional en su obra, sospechará tal vez que se contradice. No hay tal.

Sin ignorar que la pasión es, por decirlo así, el tronco del drama, el autor francés sostiene, sin embargo, que ese poderoso foco sentimental no debe oscurecer ni anular otras actividades de nuestro espíritu que tienen derecho a la ostentación escénica. Esa interpretación del género tiende a suprimir las categorías morales de los personajes que intervienen en una acción determinada. Bataille los somete al mismo nivel. En el teatro romántico, por ejemplo, todo el peso de la acción está sostenido por una o dos personas en cuyos labios pone el autor todas las frases profundas, brillantes o afortunadas. Son dos caracteres de una traza psicológica un tanto convencional, pero acabada, que están siempre en primer término, monopolizando, por decirlo así, la atención del espectador. Los demás seres que se mueven en torno de aquellos dos personajes, apenas salen de la penumbra. Sus palabras y sus actitudes, sus gestos y sus silencios, parecen rumores a la sordina, destinados a que se destaque el motivo musical que, por expresa voluntad del dramaturgo, fluye de la pareja que ocupa el centro de la acción. ¿Habéis visto dos elevadas coníferas en un encinar? Algo así viene a ser el drama romántico. En *Los amantes de Teruel*, ¿qué puede interesarle al público fuera de las peripecias sentimentales de las aventuras patéticas por que pasan Marsilla e Isabel? He citado uno de los dramas románticos más típicos para fijar con toda claridad mi pensamiento.

Aunque la escuela realista reaccionó francamente contra ese teatro convencional, que era una deformación constante de la vida, su dramaturgia continuó, sin embargo, respetando la estructura del género. El recuerdo de *Teresa Raquin* lo prueba. Como en el teatro romántico, todo el peso de la acción gravita allí sobre dos seres: los dos amantes que han inmolado trágicamente al marido, que era una traba enojosa para su libertad. ¿Qué puede interesarnos en la obra de Zola fuera de las visitas por que pasan aquellas dos almas torturadas por el remordimiento? Los demás personajes del drama, no existen. Son autómatas destinados a hacer más visible el horror moral en que viven los amantes después de consumado el crimen. En ninguno de ellos advertimos el menor destello de independencia psicológica, algo que acuse lo privativo del temperamento o la libertad ejecutiva del carácter.

Henry Bataille ha pretendido emanciparse de esos convencionalismos, aun a riesgo de fracasar a menudo, y lo ha logrado. Para él todos los personajes que intervienen en la acción dramática se equivalen moralmente. Todos hacen valer su derecho a ostentar la plenitud

de su personalidad. Su norma estética ha sido, a partir de *Le Masque*, llegar al teatro integral. ¿Recordáis lo que ocurre en aquella obra? Andrés y Genoveva viven casados y son felices, no obstante las veleidades eróticas del marido, cuyas tendencias a la poligamia son, como en la mayoría de los hombres, irresistibles. El defecto de Andrés estriba en que busca la ternura en casa y la voluptuosidad en la calle. Es evidente que son pocas las mujeres que se resignen a esa humillación sin sentir la tentación del desquite. Pues bien, Genoveva pertenece a esa reducida categoría femenina que sufre en silencio la defecación conyugal.

Pero la resignación, fuera de los límites de la santidad, tiene un término. Todavía si Genoveva hubiese sometido su propia tortura al contraste de una filosofía o de una religión, podría entregarse al misticismo, perdonando las infidelidades de su marido; pero Genoveva es una mujer de una resistencia al oprobio conyugal que no es ilimitada. Perdona una vez con una elegancia de espíritu que Andrés no advierte; esto es, de la más distinguida manera de perdonar; aparentando que no ha visto la ofensa. Pero llega un día en que la mujer se siente asqueada, y ese día, por castigar a su marido, finge haber cometido una infidelidad, y se aparta de él, dando al paso las apariencias de lo irrevocable. Andrés, vejado en su dignidad, consiente el divorcio, y el matrimonio se rompe sin pasar por ninguna tramitación legal. ¿Llegarán a reconciliarse? Todo depende de Genoveva; mejor dicho, de su generosidad de alma. Si la hembra prevalece, la ruptura será definitiva; pero si se impone en su corazón la mujer, con todas sus nobles notas morales de ternura y de abnegación, como ella no ha causado a Andrés ningún daño irreparable, el tiempo y la inquietud de las conciencias restablecerán la paz del hogar. Por fortuna para Andrés, Genoveva no es una hembra, sino una mujer de altos y firmes sentimientos. La cordialidad maternal que toda mujer de limpio espíritu asocia al amor, inspira a Genoveva una resolución: la de salvar a Andrés, que, dicho sea de pasada, no ha vuelto a encontrar el bienestar íntimo que perdió por culpa suya en ninguna de sus fugaces aventuras. Y los esposos desavenidos se reconcilian y restauran el viejo hogar.

Referida la obra así, tan sucintamente, podría suponer el lector que se trata de un teatro tan convencional como el género romántico o el pseudorealista, en los cuales todo está subordinado a lo que sienten y piensan dos personajes. La suposición es a todas luces errónea. En primer lugar, los caracteres de Andrés y Genoveva no están trazados de una pieza, como para atender a las exigencias de una tesis previa. Se van revelando lentamente, a compás de la acción y por el contraste espiritual con los sucesos, como si el azar influyese en ellos y los orienta en un sentido u otro, como nos ocurre en la realidad. El autor cuida de no poner trabas a la sensibilidad de ninguno de los personajes que intervienen en la acción, por el afán de empujarlos o de subordinar sus ideas y sus actos al rigor de una tesis preconcebida. Entre todos los seres que circulan al través de la obra, se establece una interdependencia moral, que les va dictando modos de pensar y movimientos de la voluntad. No son, en suma, autómatas, sino criaturas de carne y hueso, las cuales, sin traicionar ese fondo íntimo que todos llevamos dentro, que es unas veces temperamen-

to y otras carácter, se dejan influir por la sensibilidad o la conciencia ajena y proceden, no según la voluntad del autor, sino con arreglo a las circunstancias, al interés del momento. ¿No es eso caer del lado del oportunismo, o sea someterse a las imposiciones inexorables de la vida? La superioridad de Bataille reside, pues, en haber traído al teatro la probidad psicológica del novelista, ennobleciendo la acción escénica con elementos líricos que no disuenan

de la realidad, puesto que se reduce a destacar la soberanía de la conciencia sobre el instinto.

Ibsen había intentado eso mismo, menos fortuna, pues en el insignificante dramaturgo noruego la idea abstracta cede frecuentemente de las márgenes de la vida cotidiana. Ibsen es tal precursor de una *psique* futura más alta que la nuestra; pero su teatro es mucho menos humano que el de Bataille.

Manuel BUE

## EL SUICIDIO DE UN POETA

ESTAMOS en el año 1848. El romanticismo, en auge, excita, provoca, alienta e inspira en los corazones mozos un ideal de rebeldía y ambición. Se vive como se sueña, y es el mundo lugar propicio para que se siga un plateado camino de gloria y de poesía. ¡La poesía! Ella es la diosa triunfal y espléndida que lo gobierna todo. Y en el ambiente así influido por ella, el poeta es lo que fueron y son esos hombres admirables que se llamaron Larra y Espronceda, o que se llaman Zorrilla, Miguel de los Santos Álvarez, García Gutiérrez...

El Parnasio conserva aún su prestigio dorado, luminoso y fascinador, y los periódicos, esos reducidos y gloriosos periódicos de la época, dan en sus páginas sitio preferente a las composiciones en verso, y extienden por toda la Península, en ondas sonoras, el nombre de los consagrados... La juventud se conmueve al escuchar la voz de los que llegaron. Y un noble propósito de emulación anima todas las almas, deseosas de ser elegidas y colocadas junto a las de aquellos que con tan dulce dominio son los dueños de las conciencias de veinte años... Venir a la corte, es, por entonces, seguir la senda florida, que, tras ligeros martirios, conduce a la fortuna y la popularidad. Y todos los días llegan jóvenes audaces, impulsados por una fe irresistible y optimista.

En pos de una quimera así, sale de su tierra (Valladolid), en los principios del año ya mencionado, un joven entusiasta, resuelto y decidido. Llámase Vicente Sáinz Pardo, y apenas frisaré en los veinte años. Deja en la ciudad natal una novia, rubia, blanca y buena. Entra en Madrid el recién llegado en un día gris, como de mal augurio. Acomódase en una pobre e incómoda posada, y empieza la lucha.

Lentamente van surgiendo en su demanda dificultades inesperadas. Escribe poseído de una impaciencia loca. Y sus obras caen una a una, rotas apenas escritas, desdeñadas por los que podían otorgarles una sanción valiosa. La gloria empieza a ser para el poeta algo trágico y horrible. Y una deslumbrante lucidez se hace en su espíritu: El triunfo no es hijo del mérito, sino de la casualidad y del capricho ajeno.

Los días de hambre suceden a las noches sin calor ni asilo. Se halla en un desierto habitado. Y no tiene más consuelo que el de escribir de vez en cuando a su pobre amada, que de lejos le sigue con su amor y su esperanza. A cuantos visitó para demandarles ayuda, le contestaron diciendo que tuviese paciencia, como si se pudiera decir a la miseria que esperase.

Y un día adopta una determinación sangrienta. Piensa en morir. Adquiere, con el importe de la última prenda, una pistola. Y ya en la triste casa donde se hospeda, de codos sobre la vetusta mesa, evoca toda su vida. Y el recuerdo de aquella ingenua muchacha le acaricia nuevamente. Y a ella dedica la poesía

que febrilmente traza su nerviosa

Como en otoño, arrastradas  
por las ráfagas inciertas,  
murmuran las hojas muertas  
que restos de flores son;  
así, ¡oh, sueño de mis sueños!,  
de mi desierto sombrío  
hojas marchitas te envío...  
¡pedazos del corazón!...

Cuando el sol su luz retira,  
en sombra quedan los valles,  
y los montes se oscurecen  
lentamente, por instantes...

Mañana, en un alma rota  
y ajada por los pesares,  
sólo quedará tu amor  
y el recuerdo de una madre...

¡Así en las ramas desnudas  
de un amarillento sauce,  
queda tan sólo una hoja  
que mecen los huracanes!...

Si algún día, mustias hojas,  
la encontráis al pasar;  
si os huele su leve planta  
que en pos de la dicha va;  
si pasáis por su camino,  
¡hojas muertas!, ¡espirad

Tal vez en ese suspiro  
mi voz adivinará,  
y de sus ojos de fuego  
dos lágrimas correrán.

¡Rieguen el árido polvo  
que tenéis que atravesar,  
y derrámense en mi seno  
como un bálsamo fugaz,  
que refresque las heridas  
del triste que va a expirar!...

El suicidio de Vicente Sáinz Pardo pasa inadvertido. Un amigo recogió endeble y doliente poesía. Va a la ba el poeta sin más compañía que de los dos o tres camaradas de infierno. Los periódicos no consagran muerte ni el más reducido suceso transcurre el tiempo. Y en el almanaque de *El Museo Universal* de 1867 se encuentran los versos que más arriba copiamos fragmentariamente. Van precedidos de una nota, donde no es difícil ver el estilo de Gustavo A. Bécquer, a la única, colaborador asiduo en la citada obra. La nota es breve y concisa. De ser más larga de la melancólica pluma del poeta las *Rimas*, equivaldría a una lástima por ofrenda y un funesto presentimiento. Por ella se pide la glorificación para el maldito soñador e infeliz, como años después había de ser pedida para Bécquer por hombres de buena voluntad y lento corazón. Pero los desos del nombre de Vicente Sáinz Pardo borrado completamente. Nadie recuerda.

Y, sin embargo, es una de las más interesantes de la historia de la bohemia literaria española.

Bécquer intentó escribirla; pero comprendió la muerte cuando preparaba obra *Los mártires del genio*, donde suyo habría puesto el sello trágico conmovedor de sus dolores.

Juan LOPEZ NUÑEZ



LA TIERRA ENNOBLECIDA

# DON DANIEL ZULOAGA, ESPAÑOL EJEMPLAR

NTE las obras de D. Daniel Zuloaga, expuestas estos días en el Palacio de Bibliotecas y Museos, muchos visitantes han de pensar en la condición artística de quien las hizo. Contrarán desde luego a explicarla las presentes notas con que el insigne maestro nos favoreció no ha mucho. Dijo así:

La Cerámica de Daniel Zuloaga. Educado por mi buen padre, Eusebio Zuloaga, en compañía de mis hermanos Guillermo y Juan, ya muertos, trabajamos juntos en la fábrica de Moncloa. Estudiamos en Sévres desde 1867 al 71, hasta que nos echaron los prusianos; fuimos allí discípulos de los grandes químicos, Messrs Salvétat y Regnault, el último director de la fábrica de Sévres, y de cuantos ceramistas y prácticos distinguían en ella. Como yo, llevo más de cincuenta años en mi oficio, y creo que es lo necesario para haber aprendido algo en tan difícil arte. Amante, lo mismo que mi padre, del arte en general, hice estudios de arte aplicados en los principales museos europeos. Pero, gustarme sobremanera la pintura y la gran escultura, he dedicado mis afanes a la aplicación del arte a los bellos oficios, lo contrario que la mayoría de los jóvenes actuales y de los que pretenden competir con el Greco o con Miguel Ángel. Mis admiraciones me llevaron a aquellos maestros, Benvenuto Cellini, los Robbia, los Niccoli y tantos más creadores de maravillas en hierro, plomo, esmalte, vidriería, cerámica, etc. Por eso, los que ven mis modestas obras pensarán que son el reflejo de lo que he visto y seguido en todas partes; con referencia me inspiró en lo mejor castizo, no sólo en la arquitectura, sino en la raza; y están mis placas y mis cacharros, decorados con títulos del país y con paisajes de antaño; con respecto a la cerámica, me suelo inspirar en nuestra cerámica mudéjar, más aún en la madre de todas las cerámicas: la persa. Si no he guiado mi industria por el camino de la porcelana, se ha debido al miedo que tengo de caer en lo afeminado, mirando las cosas desde un punto de vista artístico; y para la vajilla, y se necesita un temperamento portentoso para domar, en la clase llamada dura, el blanco frío; de modo que haya optado por las tierras cocidas, que con su baño opaco dejan transparencias, dotando al blanco de variados matices armónicos. No me parece estar equivocado al afirmar que la producción industrial de las más notables manufacturas de Francia, Inglaterra, Alemania, etc., produciendo motivos de decoración cerámica acabada, por lo cual prefiero la decoración sevillana portada de Santa Pau-

la, y me olvido de la índole de trabajos que se ejecutaban en Sévres. En mi larga vida de labor, de haber tenido tiempo, habría recogido muestras en cada uno de los diferentes estilos que he cultivado y figurarían expuestas en mi taller. Sin embargo, gracias que he conseguido vivir de mi arte y no llegar al extremo de Bernardo Palissy, que en cierta ocasión hubo de quemar sus muebles para terminar una hornada, por no dis-

cial, tal vez sería creador de algún vasto centro cerámico; de todas suertes, me tranquiliza el haber realizado mi obra con modestia; decoraciones monumentales en diversos estilos ostentan mi firma, y hoy mi industria es exportada a América. Respecto de lo futuro, deseo exhibir en los más importantes países de Europa mis objetos artísticos.

Evitando el caer en repeticiones y ayudado por mis hijos, cuido de sacar

niel Zuloaga, moderno alquimista, puso con frecuencia en peligro sus conocimientos químicos, sometiendo a inverosímiles pruebas de resistencia calorífica el polvillo terrestre de tal o cual tono, fijo el logro en la coloración inusitada y deslumbrante. Por su parte, el fuego encantado, en el horno o en la mufla, lo mismo es genio del bien que del mal; dócil o rebelde al conjuro, colabora con desconcertantes sorpresas; destructor o reconstructor, en él se esconde el adversario del ceramista. Este último ha de ser un hombre ejemplar para triunfar de la tierra y del fuego. Y si, además, es español, entonces...

Don Daniel Zuloaga, español ejemplar, según reza el título de las presentes líneas, ha venido ofreciendo a sus compatriotas la lección más avara de españolismo. En su oficio, porque nadie lo aventajó en la comprensión de los elementos que integran el riquísimo tejido artístico de la nación, ni nadie tampoco acertó a trasplantarlos en consonancia con el espíritu contemporáneo. A la curiosidad erudita del arqueólogo, juntó la pasión codiciosa del anticuario; era de verle vibrar de entusiasmo desbordante ante cualquier pieza de bordado, de rejería, de arte, en suma, sobre todo si hallaba algo que aprender. Con intuición maravillosa se iba derechamente al lo fundamental; cuatro rayas le bastaban para anotar aquello que acababa de descubrir o para idear las más sugestivas invenciones.

En presencia de D. Daniel Zuloaga no se dudaba de que su casticismo fuese legítimo. España, país de sus amores, y, dentro de España, Castilla, hablaban por su boca con vehemente expresión. Y por si fuera poco, esa vehemente expresión se aderezaba con las más hermosas delicadezas de estilo en los objetos que en calidad de ceramista producía D. Daniel.

No es cuestión de discutir aquí por lo menos al pintor enamorado de los tipos castellanos; su arte, sincero, nutrido de lo pintoresco, dondequiera que lo advertía. Si el ilustrador costumbrista cubría con animadas escenas arrancadas del natural placas de azulejos, contraviniendo los tradicionales principios de la cerámica, pocos fuera de España le superaron en decorar un objeto con exquisitos motivos y con las galas más opulentas de coloración o con las tintas más suaves. Fué un ceramista genial, que jamás olvidó al pintor viandante, a un excelente pintor, todo ojos frente a la realidad española, de quien recibía los impulsos para la creación personal.

Aunque se haya llevado al sepulcro posibles secretos de taller, vivos quedan sus hijos y discípulos, continuadores de su arte, y asimismo queda una enseñanza perenne en multitud de obras, que, como las expuestas, honran por igual al que las hizo y al pueblo donde nacieron a la luz.

Angel VEGUE Y GOLDONI



poner de más medios. A mí, aunque me ha faltado poco, jamás me ha sucedido eso.

En España es muy difícil hacer cerámica, no porque no existan los elementos indispensables, incluso porcelanas, a tal fin, sino porque carecemos de lo que tienen otros pueblos; Limoges, Staffordshire, Stoke-on-Trent, Dresde y Copenhague se ocupan en la construcción de hornos, de maquinaria, y en la mano de obra, que fuera inútil buscar en ningún centro español: Valencia y Sevilla, si cuentan con algo semejante, no en las condiciones de los citados, donde el ceramista puede adelantar extraordinariamente. Contra la penuria de medios, quizá salgan aquí personalidades y quizá también que progresemos bastante. Yo, establecido en Fran-

ca, a luz nuevos modelos, no obstante los muchos míos, que hay en edificios del Estado, palacios, iglesias y casas particulares de España entera.»

\*

La que en la ciudad de Segovia fué iglesia de San Juan de los Caballeros, es ahora lugar consagrado al culto del arte. Adquirida por D. Daniel Zuloaga, salvóse de la ruina y, convertida en taller de cerámica, celébrase en ella el extraño rito de la tierra y del fuego. La tierra, de la más mísera condición, al parecer, de la gleba o encostrada entre rudos peñascos, se ennoblecce, recibiendo, hecha barro, caprichosas formas por mano de alfarero, cuando no del propio ceramista. Otras veces utilizase de color para la decoración ceramística; D. Da-



# LA CURIOSIDAD DE LILIANA

ERANSE unos leñadores, que tenían una hija bellísima, llamada Liliana. Eran muy pobres, y los tres trabajaban como negros para ganar su vida.

Por aquel entonces ocurrieron una serie de desdichas en el pueblo en que vivían los leñadores y su hija. Primero hubo una sequía prolongada, y las mieses se secaron; luego, cayó tal granizada, que toda la cosecha se perdió en una noche; luego, hubo epidemias; luego, una invasión de ratas; ¡qué sé yo!

Entonces los más viejos del pueblo se reunieron y, después de celebrar un consejo importante, decidieron ir en comisión a consultar al brujo de la montaña, que todo lo sabía y todos los males remediaba.

El brujo, que vivía en una gruta solitaria y era más viejo que Matusalén, los recibió muy amablemente, se hizo pagar la consulta por anticipado y a buen precio y, después de rascarse una oreja y tirarse de las barbas, pronunció las siguientes palabras:

—Todos vuestros males son debidos a la influencia nefasta de un monstruo marino que anda por estas costas. Para aplacar sus iras es necesario que escogáis la muchacha más bella del pueblo y, vestida de novia, la abandonéis en el islote de las Rocas Negras, adonde el monstruo irá por ella para devorarla. Solamente así recobraréis la dicha y la tranquilidad.

Los ancianos se retiraron, y en seguida se celebró en el pueblo un concurso de belleza, en el cual cada concursante se horrorizaba ante la idea de salir premiada.

Y por unanimidad, todo el pueblo convino en que la más linda era Liliana, la hija de los leñadores.

Al enterarse del porvenir espantoso que esperaba a su hija, los padres querían huir con ella; pero la joven, firme y abnegada, prefirió perder la vida por el bien de todos a conservarla a costa de tantos males.

Durante ocho días, las mujeres del pueblo no trabajaron más que en el traje de novia de la desdichada desposada. Quedó magnífico; todo de raso blanco, con larguísima cola de encajes y velo de gasa plateada.

Tan pronto como estuvo dispuesto, se lo pusieron a Liliana, y una lancha la llevó hasta el islote de las Rocas Negras, donde quedó abandonada y más muerta que viva, a pesar de su valor.

Al dar las doce de la noche, las olas del mar se alzaron formando dos gigantescas murallas de espuma, y entre ellas apareció un monstruo espantoso, que tenía a la vez apariencia de tiburón y de serpiente.

La pobre Liliana lanzó un grito desgarrador y se desmayó.

Cuando abrió los ojos quedó estupefacta: en lugar de hallarse en el estómago del monstruo, como creía, se encontraba en un palacio magnífico, rodeado por un jardín lleno de flores. Estaba echada sobre un diván de brocado, y de pie, junto a ella, había un hermoso joven que la miraba.

—Bella Liliana—le dijo—, no temas; quiero casarme contigo. Si consientes, vivirás aquí siempre, rodeada de lujo y de bienestar; tu pueblo quedará libre de males y, en él, tus padres vivirán espléndidamente hasta el fin de sus días. Si me rechazas, te devolveré a tu pueblo,

que seguirá azotado por los males más crueles, y tú y tus padres seguiréis viviendo miserablemente.

Ni que decir tiene que Liliana aceptó con entusiasmo y agradecimiento. El joven prosiguió:

—Aquí serás libre. Solamente te pido tres promesas: la primera, que no podrás nunca los pies fuera de este recinto; la segunda, que no me preguntarás nunca quién soy, y la tercera, que no abrirás nunca esta cajita que te confío.

Y le entregó un pequeño cofre de nácar con incrustaciones de oro. Liliana hizo las tres promesas.

Desde entonces la joven vivió rodeada de lujo y de bienestar. Todas las mañanas, al despertarse, encontraba al pie de su cama un nuevo vestido fastuoso, con sus alhajas correspondientes. A las horas de comer, surgía ante ella una mesa, espléndidamente servida con manjares sabrosos, frutas, dulces variados y vinos y licores de todas clases. Tenía a su disposición un palacio soberbiamente amueblado y un parque con flores maravillosas y perfumadas.

Pero Liliana estaba siempre sola. Por la mañana, su marido se iba y no volvía hasta la noche. En aquel palacio encantado todo se hacía misteriosamente, como por obra de magia, sin que aparecieran servidores por ninguna parte. No tenía con quien hablar ni cambiar impresiones, y al poco tiempo de llevar aquella vida, empezó a aburrirse.

—¡Liliana, ábreme!—decía la vocecita.

—¿Quién eres?—preguntó la joven.

—Ábreme y lo verás.

—No; eso es imposible; yo no puedo faltar a mi promesa.

—Ábreme, que me ahogo en esta cárcel!

—Has esperado tanto tiempo, que bien podrás esperar a que llegue mi esposo y me dé permiso para libertarte.

—Ábreme, no seas tonta, y yo te diré cosas muy curiosas.

—No me atrevo. Mi esposo podría castigarme terriblemente por haberle desobedecido.

Pero tanto y tanto insistió la vocecita y tan buenas razones le dio, que Liliana, un poco por compasión y un mucho por curiosidad, levantó la tapa de nácar.

Al punto, un diablillo microscópico salió de la caja, como movido por un

llo, indignadísimo. ¿Y cómo puedes vivir en su compañía? Cuanto prueba de desconfianza te da, es que quiere bien poco, y si no confiesas, algo malo debe de ser para ti, o sea a su propia mujer. Y tú, ¿por qué no se lo preguntas?

—Porque me lo ha prohibido.

—¡Pobre de ti! ¡Parece mentira que seas tan boba!

Y tanto dijo el diablillo, que Liliana se convenció de que tenía razón, y que aquella misma noche habría de arrancarle a su marido el secreto que le ocultaba. Entonces el diablillo, una carcajada estridente, saltó por la ventana y desapareció.

Aquella noche, tan pronto como su esposo, amable y cariñoso como costumbre, a Liliana le faltó tiempo para hacerle las preguntas acostumbradas por el diablillo. El lanzó una explosión de pena y la miró tristemente.

—¿Quieres saber quién soy yo?

—Sí.

—Esta será tu ruina; pero tú no seas querido.

La cogió de la mano y la llevó al fondo del mar.

—Ahora sabrás quién soy—dijo.

En aquel momento las olas se levantaron, formando dos gigantescas murallas de espuma, y Liliana lanzó un grito horrible de terror: el famoso joven había vuelto a transformarse en el monstruo horrible que avanzó hacia ella aquella noche en que la dejaron sus vecinos abandonada en el islote de las Rocas Negras.

Al mismo tiempo, una fuerza invisible la levantó del suelo y, llevada por el aire, la dejó en su pueblo, donde se encontró despojada de sus riquezas y tan pobremente vestida como cuando vivía en casa de sus padres. Llorando y lamentándose, Liliana volvió a la casa de los leñadores, a la casa donde encontró desesperados. El hermoso joven que había vivido opulentamente en la desaparición de su hija—suerte les había sido comunicada por el brujo de la montaña—, acababa de transformarse de nuevo en una miserable triste choza.

Los tres se abrazaron, llorando, y Liliana contó sus aventuras y confesó sus faltas, y los padres y la hija tornaron a su vida miserable de trabajo penoso y de privaciones.

A todas horas, Liliana se prometía volver en su vida a abrir cajitas misteriosas ni a hacer preguntas indiscretas, así se lo aconsejaban todos los diablillos del mundo. Pero hasta la fecha, como sepa, no ha vuelto a presentarse en semejante ocasión.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.



Entonces la fué preocupando la idea del cofrecito misterioso. ¿Qué habría dentro? Acaso joyas más lindas que las que tenía ya; acaso cosas mucho más extraordinarias todavía. Y Liliana se pasaba los días ante el cofrecillo, contemplándolo; pero aunque no estaba cerrado con llave, no se atrevía a abrirle. Un día, ¿cuál no sería su sorpresa al oír una vocecita aguda que salía de la caja de nácar y oro?

resorte, y empezó a dar brincos por la habitación. Y estaba tan gracioso, que Liliana no podía menos de reírse de sus piruetas. Al fin, el diablillo se paró, se plantó ante la joven y le preguntó:

—¿Cómo se llama tu esposo?

—No lo sé—contestó ella.

—¿Tampoco sabes quién es ni lo que hace?

—Tampoco.

—¿Pero es posible?—exclamó el diablillo.



# ELEGIA BLANCA SOBRE LA CUNA DE TIERRA



Quien no ha sufrido igual pena  
que ante esta pena se calle,  
que no hay dolor en el mundo  
que a la amargura se iguale

De ver a un niño que muere  
en los brazos de su madre,  
y que el espanto no deja  
ni fuerzas para llorarle.

Mentira está pareciendo  
que así tan breve se acabe  
vida tan tierna y lozana  
cuando apenas empezase.

Mentira que en el misterio  
una fuerza inexplicable,  
cuando de crear termina,  
lo mismo que crea, mate.

Mentira que no se sepa  
lo que jamás nadie sabe.  
Y cuando aquel cuerpo yerto  
le llevan para enterrarle,

mayor mentira parece,  
al ver que en la tierra cae,  
que en una caja tan chica  
quepa un tesoro tan grande.

Rimaba serenamente  
la caja, dorada y blanca,  
con el color de su pelo,  
con el color de su cara.

En tristes manos de cera  
que entre flores asomaban,  
se trocaron las que fueron  
hechas de azucenas candidas.

Y la tez de sus mejillas  
en alabastro cambiada,  
cuando envidia había sido  
de la rosa y la manzana.

Ojos que le vieron muerto,  
no os cerréis. Es bien que se abran,  
porque las aguas los llenen  
del manantial de las lágrimas.

Labios que ya sus endechas  
y sus halagos no cantan,  
no os abráis más. ¿Qué ternura  
moverá vuestras palabras?

¿Ni en qué cariño encendidos  
sentiréis de un beso el ansia,  
si aquella frente querida  
no volveréis a besarla?

En este lecho de tierra,  
fría cuna sepulcral,  
reposa un niño dormido.  
No sé si despertará.

Cogióle de pronto el sueño  
del que tal vez no hay final.  
Pero si el vaso se ha roto,  
¿en dónde la esencia está?

Si al recordar el encanto  
de aquel niño galán,  
hay quien con el alma muerta  
no se cansa de llorar;

si él sabe que hay quien malvive  
deshecho en angustia tal,  
y como otrora él llegaba  
mis caricias a buscar,

su alma no viene a la mía  
y la da un beso de paz;  
sí conoce que la llamo  
y no me sabe encontrar,

decid que está tan dormido  
que no se despierta ya,  
y que entre tantas mentiras,  
es la del alma una más.

Mi frente está ungida por  
la tristeza que hay mayor  
en medio de lo creado.  
Soy caballero cruzado  
de las armas del dolor.

La angustia el alma envenena,  
y, aunque a morir la condena,  
resiste el cuerpo a la muerte.  
Y esa es la pena más fuerte:  
el que no mate la pena.

Yo sólo sé que no sé  
por obra y virtud de qué  
puedo estar viviendo con  
un tiro en el corazón  
y sostenerme de pie.

Pedro de REPIDE

Dibujo de Agustín.



# Impresiones de un lector.—Poetas catalanes

López-Picó

Estoy en deuda, hace mucho tiempo, con la producción catalana. Intentaré desquitarme hoy, aunque no todavía por completo.

El infatigable López-Picó ha publicado, desde mi última referencia a él, tres nuevas colecciones: *El Retorn*, *Popularitats* y *La Nova Ofrena* (op. XII, XIII y XIV). La característica de ese poeta no es la incesante renovación, la sucesión de maneras. Una profunda subjetividad le caracteriza. A través de sus colecciones, cuyos títulos responden mejor al estado de alma del poeta que a la exaltación de lo contemplado, siempre se continúa el monólogo de una espiritualidad exquisita y sutil. A cada nuevo libro que recibo de López-Picó encuentro más acentuada su filiación poética: sobre un intenso sentido de la herencia popular catalana, una estilización que llega, muy frecuentemente, al conceptualismo. Por momentos, se hace difícil penetrar toda su intención. El defecto de López-Picó es un exceso de intelectualismo. La emoción, en su alma, quiere comunicarse a los demás por intermedio de una cerebración; y el metaforismo predomina sobre la imagen.

En mi ejemplar de *El Retorn* he marcado como la mejor composición la titulada *Tarda a la vila*. Es la que ofrece mayor predominio del elemento popular, más graciosa aproximación a la «catalanidad» viviente y eterna.

El volumen titulado *Popularitats*, por esa misma razón, ya bien visible en el título, es para mi gusto el mejor. Sus valores plásticos tienen mayor viveza. Véase ya su composición primera; y así también, al azar de las páginas, muchas de sus canciones y *corrandas*; en espe-

cial algunas que parecen confiar al silencio, más allá de la última estrofa, la inefabilidad que el poeta no alcanza a expresar, la *media canción* que le falta... «El corazón quiere llorar y no se atreve; nieve de abril, tierna merced... Si me dejaseis decir una cosa: después, ¿qué?» Así como la contemplación de un paisaje se resuelve, según ya indicó Amiel, en un estado de alma, también un estado de alma puede resolverse en musicalidad sin fin, con resonancia perdida en oquedades inasequibles. Y esto es lo que logra, en sus mejores momentos, López-Picó. Véase en tal sentido su *Canción Marinera*: «Hemos oído un canto sin que nadie lo cantase...»

Consignaré también la lograda infantilidad de algunas poesías «paternales», como las dos penúltimas del libro, la primera de las cuales me recuerda, en su final, la manera de Verdagner.

Confieso que es más difícil, para la crítica, el comentario del poema en tercetos *La Nova Ofrena*. El octosílabo, en los anteriores volúmenes, comunicaba al poeta su tradicional sentido vernacular. El terceto, en cambio, cuya tradición es tan perfectamente trovadoresca y aristocrática, no puede refrenar la tendencia conceptualista del autor. Creo, además, que el terceto, de estirpe señaladamente épica, no es instrumento adecuado para la lírica conceptuosa, cerebral.

Salvador Albert

Ya me referí a su personalidad de poeta al hablar de su colección *Florida de Tardor*. Tampoco representan modalidad nueva en él sus dos últimos volúmenes *Les Hores que tornen* y *Confins*. Se ha dicho que Albert es un poeta cerebral, un filósofo que transfiere a ve-

ces en la forma ritmada sus meditaciones. No me parece exacto. Albert es un sentimental, aun en sus meditaciones de filósofo. Claro está que lo digo en su elogio. Recuerden mis lectores el comentario que le dediqué con motivo de su ensayo sobre Amiel. Sus preferencias van siempre a los pensadores ricos en lirismo, porque sólo ellos son capaces de hacer vibrar su espíritu fraterno como una oculta tecla. Albert es un temperamento religioso, aunque en bien diverso sentido del que vulgarmente se suele entender con tal expresión. Deberíamos llamarle panteísta; y ya vimos cuán hondamente lograba compenetrarse con la mística hindú.

En él se ofrece muy claramente la resolución del paisaje en estado de alma. Su contemplación ahonda hasta que consigue transfigurarse, incorporándose en el valor divino de las visiones. Pero he usado una palabra notoriamente impropia. Rectifico. No se trata de «incorporación», sino de «inspiración», en el sentido de fusión del alma propia en el aliento de la inmaterialidad cósmica.

Se le ha llamado poeta elegíaco. Sin duda, en la pura acepción primaria de la elegía, le conviene esa calificación. Pero no es un poeta pesimista, porque siempre una serenidad ulterior amanece más allá de sus montes invisibles... Está igualmente lejos de la elegía céltica heredada de los trovadores, transfundida en los románticos, y cuya más pura expresión se encuentra en Leopardi y Antero de Quental, que de la elegía clásica, exenta de toda virtud mística. Salvador Albert es un poeta védico. Ha ido al saciar su sed en los manantiales de los grandes ríos sagrados, buscando un sentido religioso que armonice perfecta-

mente con los anhelos de la raza aria, sin contubernios de semitismo. En cada una de sus poesías hay una latente voluntad de ofrenda, algo como la rebusca ansiosa del perdido altar para elevar su sacrificio...

No hay más que recorrer sus estrofas. «Todas mis alegrías son hijas de mi dolor... Mis tristes alegrías son nenúfares blancos que no ha besado la luz y exhalan solitarios su perfume sobre la gran quietud del agua muerta.» «Canta, espíritu. El eterno Silencioso oír tu canto, porque será el eco de su silencio.» «Hazte digno del Silencio Eterno.» Su alma se abre siempre como el loto simbólico, y las cesas más humildes le muestran su valor de eternidad. Así la clauca de la *masia* «empolla la eternidad que duerme». ¿Qué riqueza de percepción ulterior no hay en su *Beatitud*, que con tal sutileza fluctúa entre la eterna vigilia y el eterno sueño? ¿Y en aquella última lágrima que «quiere ser llorada, y para la cual llegará el instante libertador»?

Fernando Maristany, en una antología de traducciones de Salvador Albert, publicada en la colección de líricos de la Biblioteca Cervantes, incluye un soneto libre, inédito en catalán, que me parece el mejor del libro y acaso la más perfecta composición del autor, por su feliz equilibrio entre el vaso y el perfume, o mejor, entre la lámpara y el óleo. El último verso me parece que expresa con plenitud el sentido de consolución elegíaca, tan característico en Albert. El verso final de un soneto tiene siempre algo de coronación, como quien ciñe un ramo de olivo a una frente de mármol:

«El yermo que me diste yo lo sembré de flores...»

Gabriel ALOMAR

ANTE UN CENTENARIO

## Las Memorias de Casanova

HENRIOT nos recuerda en *Le Temps* un centenario curioso. Hace un siglo se publicó en Leipzig la primera edición de las *Memorias* del caballero veneciano Jacobo Casanova. Integramente no se publicaron entonces. Aparecieron corregidas, alteradas y traducidas al alemán por un cierto von Schütz, de poca escrupulosidad sin duda. Y decimos esto, porque poco después, el año 1826, el editor Brockhaus dio a la estampa la primera versión francesa, también corregida, que firma Juan Laforgue, profesor de francés en la Academia de Dresden. Parece ser que todas las publicadas posteriormente emanan de esas dos versiones. Los bibliófilos se preocuparon algún tiempo, los eruditos tuvieron sus dudas. ¿Había o no escrito el abate Casanova sus memorias? Uno de esos bibliófilos, Jacob, aseguraba que no. «Tengo la convicción moral que esas páginas no pudo escribirlas el seductor Don Juan, veneciano». Y añadía: «Su autor fué Stendhal». Claro que no era exacta la apreciación. Y no porque esas páginas no fueran dignas de quien compuso libros como aquel *De l'amour*, brevariario primoroso y exquisito. Es que había una prueba irrefutable. El manuscrito existía... Estaba en manos del editor Brockhaus. Puritano y discreto era este editor. ¿Cómo había de darse al mundo, en toda su desnuda integridad, documento, aunque preciado, tan escandaloso? ¡Ah, si los originales hubieran caído en manos de algún francés!

Barthold, crítico alemán, hizo justicia al magnífico abate de los madrigales y también de los desafíos en un libro poco comentado y muy sustancioso: *Las personalidades históricas en las Memorias de Jacobo Casanova*. Ignoro si las primeras versiones se tradujeron al español, y asimismo los libros de Jacob y Barthold. Desde luego, no se darían a la estampa sin reparos extremos, expurgos, omisiones, modificaciones. ¡Dios sabe! porque la audacia de los *traduttori* es infinita, tanta como la humana necesidad.

Nosotros, un poco excépticos, no creemos en las disculpas del editor Brockhaus. Hay en estos lances mucho de judaísmo y poco de altruismo y filantropía. Editar libros es, aparte de una obra buena, cosa de negocio, trastrueque y granjería... Dar muchas ediciones, cada vez menos mondados, hasta llegar a la que debiera haber sido la inicial, es el ideal de todo mercader de la cultura, de todo avaro de la Lectura (léase eruditos), de todo coleccionista de papeles impresos (entiéndase bibliófilos).

Navarro y Ledesma, el admirable escritor, nos hizo conocer la versión Laforgue. Existía un ejemplar en la Biblioteca Nacional. Laforgue asegura que su versión procede directamente del manuscrito original. Lo que no asegura es que lo poseyera Brockhaus. Como se sabe, Casanova, durante los últimos años de su vida—un Don Juan feo y católico, pero nada sentimental,—se dedicó a ordenar la biblioteca del castillo de Dux. La familia de los Waldstein conservó hasta hace poco tiempo los papeles que dejó Casanova. Hoy están en el castillo de Hirschberg, y dentro de poco se enviarán al Museo Nacional de Praga. Pero ¿quién posee las *Memorias*?...

La bibliografía de Casanova es copiosa. Y va a enriquecerse con una nueva edición, orientándose merced a la versión Laforgue y compulsando las de von Schütz y Rosez (Bruselas, 1860), conteniendo dos capítulos que faltan en aquellas y que se encontraron en los archivos de Dux. Constará de doce volúmenes, a cada uno de los cuales precederá un estudio crítico histórico. Henri de Régnier evocará la figura de Manon Ballelli, Aldo Brava tratará de Venecia en el siglo XVIII, Carlos Samarán, que ya escribió *Un caballero veneciano del siglo XVIII*, comentará *La fuite des plombs*; Bernardo Marr, *Casanova, caballista*; Di Giacomo, *Casanova en Nápoles*; Pedro Grellet seguirá al héroe en Suiza, y así, otros casanovistas insignes, examinarán un punto particular de esas *Memorias*. Ayudará a los franceses el erudito vienés Gugitz. Con esta edición tan minuciosa, ilustrada con abundante prueba documental, iconográfica, topográfica y anecdótica, se obtendrá la hasta ahora más completa y curiosa, pero no la verdadera, que sería la ideal, reproduciendo el precioso manuscrito, y sin previos análisis ni finales estudios, del más pílo de los caballeros venecianos y del más afortunado de los abates. Hombre de armas y de letras, aunque no español, de bien española ascendencia, como lo demuestran sus aventuras picantes y singulares. Otro Juan Ruiz, éste de la Venecia del siglo XVIII, que en hechos y escritos legó a la posteridad su manera de bien entender el amor y la vida. ¡Un Don Juan que hasta hizo penitencia escribiendo sus *Memorias*!

Francisco de LLORCA

SILUETAS FEMENINAS

## La señorita que lee a Kant

Días pasados, en la Universidad madrileña, oí decir a una señorita que su estético predilecto era Kant. Fue durante una clase de arte. Hasta el aula—una de estas aulas sombrías y tristes donde la juventud es como una paradoja—llegaban, amortiguados, muy pianos, los ruidos de la calle. Se iniciaba el crepúsculo y una suave penumbra invadía la estancia, sin ventanas, sin balcones, sin luz apenas... La melancolía del atardecer se infundía en los asistentes a la clase, y la voz del catedrático tenía, influida acaso por la hora, monótonas cadencias sentimentales. Albeaban entre las sombras, apenas rasgadas por una débil luz artificial, las caras de los alumnos. Entre la línea formada por las notas claras de los rostros que emergían de los sucios e incómodos pupitres, brillaban intensamente los ojos de una nena, los ojos grandes, húmedos, fulgurantes...

Los alumnos iban exponiendo sus predilecciones estéticas. Un clérigo señaló a San Agustín. Un «empellón»—uno de esos estudiantes tristes, antipáticos y abrumados de ciencia—dió el nombre de Hegel. Dos muchachos, alegres, rebeldes y poetas, dieron dos nombres sonoros, henchidos de luz, de pasión y de vida, que parecieron como una profanación a la intelectualidad que entonces había en el ambiente. Los nombres eran los de Rubén Darío y Alfredo de Musset.



La mujercita de los ojos grandes, brillantes y húmedos, dijo que su estético preferido era Kant. Al oír este nombre, algunos la miramos con una mirada de curiosidad y de extrañeza, creyendo haber escuchado mal... Pero no. Ella volvió a repetir—con su boca encendida y pequeña, que formaba con el nombre de Kant un doloroso contraste—que su autor predilecto era el filósofo de Koenigsberg...

Entonces ya no cupo duda. Aquella señorita—muy joven, con un bello nombre de reina, unos magníficos ojos negros, unos labios muy finos y muy rojos y una admirable figura estilizada y grácil—leía, y leía fervorosamente, a Kant. Mas, a pesar de nuestro buen deseo, de nuestra inmejorable intención, de nuestros grandes esfuerzos imaginativos, no pudimos hacernos a esta realidad. ¡Nos parecía tan absurdo que Kant, el filósofo del pensamiento y de la conducta, fuese leído por una nena en cuyos ojos brillaba la luz divina de la juventud y cuyos labios eran encendidos por la sangre loca de los dieciocho años!...

Y, sin embargo, era verdad. Mas, a pesar de toda su ciencia, de su saber estético, de su gran cultura, esta señorita que lee a Kant no sabe aún que la

mejor prosa, la más intensa, la más verdadera y hasta la de mayor filosofía, es la de una carta de amor. Las fórmulas estéticas, las teorías filosóficas, las audaces concepciones y las conquistas más meritorias del pensamiento, no valen lo que todas las puerilidades, todas las frases hechas y todos los bellos tópicos de una carta de amor...

Como no sabe tampoco esta señorita que lee a Kant que la mejor estética no se encuentra en los libros ni en los pensadores. El mejor tratado de estética está en ella, en la mujercita lectora de Kant; está en sus ojos negros, húmedos y brillantes, gemas de luz formadas para arder con llamas de pasión y no para cansarse sobre los abstractos conceptos de la filosofía; está en sus labios finos y rojos, florecidos sobre el terso óvalo del rostro para que en ellos sangren los rubies del deseo, y no para recibir una absurda letanía incomprensible; está en todo, su cuerpo, menudo, estilizado y fragante, que no fué hecho para marchitarse en la tristeza, en la soledad y en la sombra de una biblioteca o de un gabinete de estudio, sino pa-

ra ser, a la viva luz del sol, prodigio carnal de inefables aromas, cálida ofrenda a la vida, divino mármol humano, hecho rosas, temblores y deseos por el milagro del amor...

Esta señorita debería cerrar las páginas del libro de Kant, y abrir su alma y sus ojos al sol, al ambiente, al amor... De este modo llegaría a saber que sobre la ciencia, fría, seca y sin corazón de los libros, está la ciencia, magnífica y palpitante, de la vida... De este modo alejaría sus pupilas de los conceptos filosóficos y las haría espejos para que en ellas se reflejasen los ojos de un estudiante; un estudiante despreocupado y alegre, un poco golfo y otro poco poeta, que tuviese siempre un madrigal en los labios y un nombre femenino—el de ella—en el corazón...

Y así, esta mujercita olvidaría las páginas de Kant, para tener solamente en su pensamiento las frases de unas cartas de amor, llenas de la eterna ingenuidad y la eterna emoción de todas las cartas de amor... Y entonces su libro predilecto sería el libro de la vida, porque todas las doctrinas y todas las

ideas y todas las demostraciones no valen lo que la mirada de unos ojos y el beso de unos labios...

José MONTERO ALONSO

## EDITORIAL MUNDO LATINO

Librería: Caballero de Gracia, 28.  
Apartado 502.  
"EL CONQUISTADOR ESPAÑOL DEL SIGLO XVI", POR R. BLANCO FOMBONA

Una gran pluma ocupándose de un gran asunto: eso es *El conquistador español del siglo XVI*, por Blanco Fombona.

Por eso, el interés que ha despertado este libro no tiene precedente. La España del siglo XVI aparece evocada de manera maestra; la psicología del pueblo español, expuesta fibra a fibra hasta los más íntimos repliegues.

Y todo con una amenidad resplandeciente. Después de conocer en estas páginas de *El conquistador español del siglo XVI* el espíritu trágico y rico en emotividades del pueblo español, comprendemos como lógica fatal a Felipe II y a Santa Teresa, los místicos y el romance, nuestra historia y nuestra vida.

*El conquistador español del siglo XVI* (Mundo Latino, 5 pesetas) nos da la clave del destino de España. Ninguna novela rivaliza en interés con este libro.

Envío contra reembolso.

# "Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

## Instituto Católico Complutense

TELÉFONO 3.1817-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 263  
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar.  
Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.-Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid.  
Director: MANUEL MOIX GOMBAU  
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid  
Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU  
Presbítero

## CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de **MANTONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking.—**CALATRAVA, 9.**

## ODEÓN

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.



Pida usted catálogo y condiciones a **ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID**

## Pedid Coñac Lion d'or

**MOTOCICLETAS** ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES  
**ALVAREZ HERMANOS**  
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

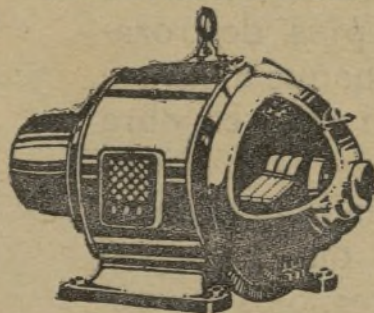
## AEG

**A E G**  
BÉRICA DE ELECTRICIDAD (S. A.)  
MADRID: Nicolás María Rivero 8, y 10  
SUCURSALES:  
Madrid-Barcelona-Bilbao-Gijón  
Sevilla-Valencia-Zaragoza

## ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica

Suministro inmediato



## Exposición Internacional del AUTOMÓVIL — BARCELONA —

Organizada por las Cámaras Sindicales Españolas del Automovilismo y Ciclismo, en la que se hallarán las mejores marcas del mundo

**24 mayo - 5 junio de 1922**

Parque de Montjuich

Recinto de la Exposición Universal de Industrias Eléctricas  
Grandes concursos automovilistas - Concursos  
Fiestas - Congreso Nacional de la Carretera -

**NERVIOSINA DE T. GONZALEZ**

De venta en farmacias

## OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MANTONES DE MANILA**.  
SAN BERNARDO, 1.



Medias y calcetines de seda, hilo y algodón muy resistentes y económicos por su duración.—**Hortaleza, 82, LA ESTRELLA**  
Todo el que compre 25 pesetas de estos artículos se le regalará un billete legítimo de mil coronas, si el cliente lo exige.

## TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pidanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

**VALVERDE, 20. — MADRID**

## ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos.

La Casa más surtida en colores

**FLORENTINO PEREZ (S. en C.)**  
Sucesores de Díaz Herrera  
**HORTALEZA, 17**

## LADRILLOS REFRACTARIOS

## TUBERIA DE GRES

Fábrica: **PACIFICO, 12**  
TELÉFONO M 17-85

## MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

♦ ♦ ♦

**SERRANO, 17**

**AYALA, 60**



# GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Café del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

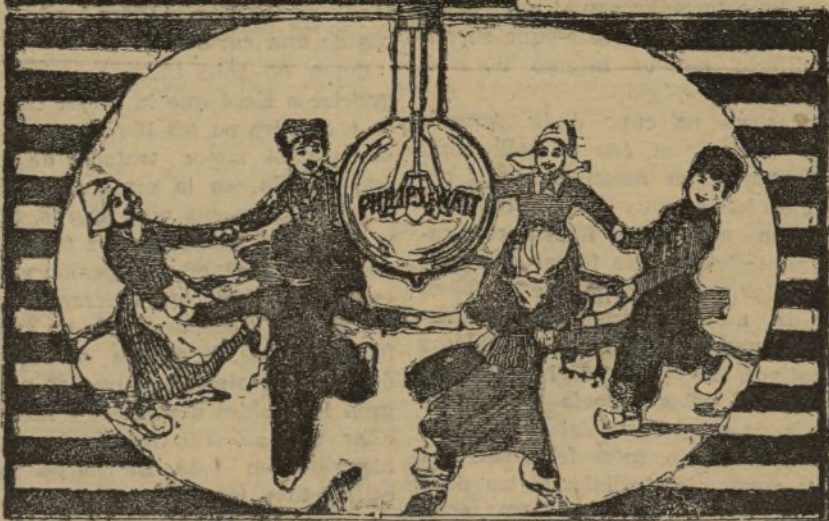
Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO,

— D. Manuel del Valle Díaz. —

Philips 1/2 watt



La preferida mundialmente  
Se vende en todos los establecimientos de Electricidad

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Marqués de Cubas 10.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

QUIOSCO

DE

EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALA

ESQUINA A BARQUILLO

## CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

### UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



## CARLOS COPPEL



Rosado Rivas.



FÁBRICA DE RELOJES

Fuencarral, 27 ~ Madrid.

Certificado de garantía con cada reloj. Catálogos gratis. Remesas a provincias.